

LA CUEVA DE LAS CUATRO PATAS

Mariano García Hernández

Image not found.

Capítulo 1

LA CUEVA DE LAS CUATRO PATAS

—Pues es tu problema—, escuché decir al viejo marinero a su compañero de mesa.

Yo me encontraba sentado en uno de esos inestables taburetes de tres patas, llevándome a la boca de vez en cuando un trago de ron pálido. Me lo acababa de servir una bella mujer. De orondas formas y un escote que dejaba poco a la imaginación.

Las palabras de la mesa de al lado captaron mi atención, por el tono y porque en un lugar tan alejado de la civilización, rodeado de palmeras, cocoteros y maleantes, alguien no responsabiliza a otro de sus temas pendientes.

El acompañante del viejo, que no me quitaba el ojo, canoso en las barbas que recogía con un hatillo de bolitas multicolores, aro en la oreja izquierda y algún que otro diente podrido, se levantó y dirigiéndose hacia mí me preguntó:

— ¿Te ha parecido interesante nuestra conversación? No has perdido ripio. — tanto se acercó a mí que pude percibir el pestilente olor procedente de su boca. Mezcla de digestiones pesadas, sarro, alcohol y seguramente, malas decisiones.

—Pues la verdad, me gustaría saber cuál es la dificultad en cuestión suya. Por lo acalorado de sus palabras, la cosa parece seria, —expuse mi inquietud con la mejor de mis sonrisas.

—Mira, joven imberbe. ¿Estás dispuesto a compartir conmigo el problema y ganancias?— Me espetó mientras se mesaba la barba a la par que me lanzaba una mirada inquisitoria.

—Soy todo oídos, No tengo nada que hacer ni nada de lo que ocuparme en este momento.

—Valiente el niño—, escuché con sorna. Soy Eliseo Cortés y me apodan “El Rojo”, y me encantan las dificultades. Se presentó y acercándose un tambaleante taburete, tomó asiento a mi lado sin pedir permiso.

—Capitán Núñez. Alvar Núñez.

—Quiero embarcarme hacia la cueva de las cuatro patas. ¿Has oído hablar de ella? Bueno es igual. —Arqueó las cejas y prosiguió—El caso es que no tengo ni como, ni con quien ir. Nadie quiere dirigirse hacia ese lugar. Se

cuentan muchas cosas.

— ¿Por algún motivo en especial? ¿Acaso hay ogros, monstruos o ninfas de siete cabezas?

—JaJaJa. —Eliseo se arqueó hacia atrás sujetándose la barriga—Veo que te lo tomas a broma mi solitario amigo.

—No, interés simplemente—levantando mi vaso simulé un brindis. —Si me voy a embarcar contigo he de saber a que me enfrento, a parte de todos los detalles—dije quiñándole un ojo.

—Vaya, me encantan los principios, nunca sabes dónde te pueden llevar. ¡Dorotea!, tráenos una jarra de ron, del bueno, y un par de vasos limpios.
— La carcajada de mi nuevo amigo se escuchó por todo el local.

Tras varias jarras de ron y cachetes en las posaderas de Dorotea por parte de Eliseo, decidí poner mi barco a disposición de la prometedor empresa que se nos avecinaba.

Me despertaron el dolor de cabeza y los gritos de mi nuevo socio. Eliseo se encontraba dando órdenes a mis hombres desde el puente de mi goleta de tres palos "La Coronela", como si por encanto hubiese alcanzado los galones de capitán.

—Pero bueno ¿Qué son esas voces?—dije a modo de saludo.

—Buenos días capitán, parece que las bebidas para hombres hacen mella en tu enjuto cuerpo. ¿O fue Dorotea?, JaJaJa. — La sorna de Eliseo fue seguida por los marineros que escucharon dichas palabras.

Su tono de voz y las carcajadas terminaron de despertarme.

—Está bien, está bien. Izad velas, quiero todo el trapo extendido.

—Ordené. En cuanto enfilemos la punta de Morrojable, Sr Hernán ponga rumbo 137, dirección Isla Betusta.

— ¿Está usted seguro capitán? —, escuché la voz miedosa del piloto.

—Por supuesto. De esta, o nos hacemos todos ricos o perecemos en el intento. — el sonido de la saliva tragada por el timonel llegó a mis oídos.

Después de unos días de relativa calma, con una ligera ventolina, nos aproximábamos a nuestro destino. El cielo comenzó a teñirse del color de las viudas. Las luces azules y blancas iridiscentes, proyectaban su luz hasta lo más profundo del océano.

Desde la proa, comencé a temblar. De pequeño me escondía debajo del catre hasta que amainaban los relámpagos y los truenos.

Mi padre solía decirme:

— ¡Hijo!, algún día, cuando te encuentres dentro de la tormenta, encontrarás el camino de salida. El temporal solo está en tu cabeza.

Mis manos temblaban dentro del gabán.

—Marineros arriad el foque y la cangreja de popa. Debemos prepararnos—, ordené con una autoridad que en ese momento flaqueaba.

Las olas comenzaron a romper por la amura de babor, el barco se abatía de un lado a otro. Los hombres de a bordo, intentaban aferrarse a las cornamusas para no ser lanzados por la cubierta y después al mar.

—Capitán, capitán, a estribor emerge el cinturón de coral—, tronó la voz del timonel.

—Virad 15 grados a babor, trataremos de evitarlo. Presten atención. El destino nos aguarda. —Mi orden surgió de entre los envites de las olas y la fuerza del viento.

Corrí a refugiarme dentro del camarote y a estudiar las cartas. Nadie se había atrevido a llegar tan al sur.

Eliseo me había convencido, bueno también el ron y Dorotea, de ir en busca de "La cueva de las cuatro Patas". Decían que allí se encontraba el tesoro mejor guardado de los mares del sur. Los marinos que habían intentado acercarse a la isla, tuvieron que cesar en su empeño tras las impetuosas embestidas del mar, las nubes y las que decían endemoniadas criaturas de debajo de las aguas. Solo unos pocos de los que consiguieron virar en redondo, hablaban de la luz amarilla, brillante, cegadora, que salía por cada una de las cuatro entradas de la cueva situada en el punto más alto de Isla Betusta. Decían que lo que fuese que hubiere en su interior, no era de este mundo. Se extendieron los rumores de que dentro se encontraban las riquezas jamás vistas por ningún hombre.

Y allí estábamos nosotros, en la ensenada, en aguas en calma y someras de nuestro destino. Con el palo mayor tronchado, el trinque te a punto de estarlo, las jarcias rotas y alguna que otra magulladura.

Dispuestos a desembarcar en la única chalupa que nos quedaba.

Eliseo, el Sr.Hernán, un marinero llamado Tobías y yo mismo pusimos pie

en tierra, a las cuatro horas de bitácora del día 27 de navegación.

Un escalofrío recorrió nuestro cuerpo. Nos miramos sin pronunciar palabra. Nos asustamos al sentir la brisa que nos dio la bienvenida.

Como capitán tomé la iniciativa.

—Ahora o nunca, el destino y la posteridad nos aguardan.

Comenzamos a subir por la escarpada y resbaladiza pendiente que nos dirigía a la cueva. Tras largos e intensos minutos de ascensión, conseguimos llegar a un rellano donde el oxígeno nos ayudó a recuperar fuerzas.

Solo nos quedaba voltear un saliente y acceder a una de las entradas de nuestro futuro.

Nos asomamos al interior, al unísono.

Lo que vimos, nos dejó sin respiración, sin habla y sin nada que decir.

MARIANO

22-12-17